



Fueron felices y comieron perdices...

Lagartija
sesteando
en la cubierta
de un olivar

► Texto: Manuel Pajarón Sotomayor
Fotografías: Jesús Quintano Sánchez

En anteriores artículos sobre el olivar dedicamos bastante espacio a la fauna de invertebrados (insectos principalmente) que vive o se pasea por ellos. Pero poco o ninguno a los vertebrados. ¿Hay en los olivares vertebrados (peces, anfibios, reptiles, aves o mamíferos)? ¿Es necesario o conveniente que los haya? También plantearemos las posibles ventajas o inconvenientes del pastoreo en el olivar, desde qué animales y en qué tiempo, analizando los habituales retos y en qué forma pueden resolverse, siguiendo ejemplos tradicionales todavía en uso porque han demostrado su efectividad

Los ecosistemas naturales terrestres suelen contar con vertebrados entre su fauna. Y en los ecosistemas de bosque ahuecado, como las sabanas y las dehesas (el sistema agrosilvopastoral ibérico por excelencia) –a los que queremos que se asemejen los olivares– los grandes herbívoros son fundamentales. Unos especializados en el “ramoneo”, que controlan y renuevan el arbolado al tiempo que aprovechan la energía solar fijada en sus hojas; otros especializados en el aprovechamiento de la hierba. Todos son actores principales en el ciclo de los nutrientes, al activar la vida microbiana

de la tierra con sus excrementos, ricos en vida (bacterias de su tracto digestivo), energía y nutrientes, además de determinar la dinámica de la vegetación, limitando el desarrollo de unas especies al tiempo que favorecen el de otras, distribuyendo los propágulos de muchas...

A nadie le extrañará que no haya peces en los olivares, por razones obvias; ni tampoco anfibios, como no sea en algún olivar pasado de riego (hay más de uno en el que cantan las ranas en las noches de mayo). No ocurre lo mismo con los reptiles, todos ellos predadores, la mayoría cazadores de insectos, que suelen tener presencia –aunque no



Un mosquitero: son curiosas las relaciones de las aves con el olivar

abundan— en el olivar. Casi en cualquier olivar, por deteriorado que esté, es posible encontrar alguna lagartija correteando tronco arriba. Tampoco son extraños los lagartos—más exigentes para elegir sus refugios— y cada vez son menos frecuentes las culebras.

Las aves: una consideración especial

En los olivares siempre ha habido pájaros y otras aves. Ahora —lo dicen todos los agricultores— “ya no hay ni pájaros en el olivar”. Y aunque no sea una afirmación rigurosa, sí parece cierto que hay muchos menos que hace unos años. Aves hay de muchos tipos. Si nos fijamos en sus hábitos alimenticios comprobaremos que abundan las frugívoras y granívoras, consumidoras de plantas verdes, o de partes de ellas, pero también las hay insectívoras, algunas estrictas, otras muchas en cambio tienen una alimentación diferente según las estaciones o según las fases vitales. Hay muchos más criterios para agruparlas o diferenciarlas: las hay que son estantes, y pasan su vida en el paraje en que nacen; otras son migratorias y sólo vienen a pasar el invierno, para volver al Norte con el buen tiempo, o al revés, vienen a criar en primavera y se van a pasar el invierno a latitudes más cálidas. Como las respetadas golondrinas. Hay aves que anidan en las ramas, otras lo hacen en el suelo; algunas simplemente pasan por los olivares para comer o cazar.

Son curiosas las relaciones de las aves con el olivar, los estudios que durante años vienen realizando investigadores de la Universidad de Jaén presentan resultados muy ilustrativos.

Las comunidades de aves presentes en los olivares varían

con la edad de éstos. En los olivares jóvenes—los estacares, como se les conoce en Jaén— tienen comunidades propias de las estepas, con alondras, cogujadas y trigueros. Cuando el olivar va creciendo y los olivos pasan del porte arbustivo al semiarbóreo, la avifauna va evolucionando hacia comunidades propias de monte abierto, en las que están presentes los pardillos y los zarceros comunes; para pasar a comunidades de bosque maduro cuando los árboles alcanzan su pleno desarrollo, con verdecillos, carboneros, el agateador común, especializado en consumir insectos que busca con avidez en los troncos de corteza agrietada (dejándole muy pocas opciones a la “euzofera”), y las mediterráneas curru-cas, la cabecinegra y la carrasqueña.

Claro que la avifauna no sólo está determinada por el carácter del arbolado, también es determinante la presencia o ausencia de la cubierta herbácea y su manejo. La hierba es fundamental para proveer de alimento a las aves granívoras (como el verdecillo y el jilguero) y de refugio a las aves que anidan en tierra, como el triguero y la cogujada común y la apreciada perdiz roja (indispensable en el menú de los finales felices, como todo el mundo sabe) que es un habitante habitual de los olivares con hierba. En la tierra desnuda no puede vivir, pues no encuentra refugio ni alimento.

Mamíferos en el olivar

Los mamíferos que más nos suelen interesar son los rumiantes, por la función que cumplen de activadores del ciclo de los nutrientes, pero hay muchos otros grupos presentes: roedores, quirópteros (murciélagos), insectívoros, carnívoros, etc., que tienen algún representante (excepto los cetáceos, claro) rondando o viviendo en los olivares. Ratonos, topillos, topos, murciélagos (“morciguillos” les llaman en la Sierra de Segura), musarañas, ardillas, conejos, liebres, algún lirón, erizos, comadrejas, garduñas, zorros, tejones, ginetas, gatos monteses, jabalís, ciervos, gamos y hasta la cabra montés. Son animales que con

muy distinta frecuencia es posible encontrar en el olivar. A algunos los vemos muchas veces, a otros, sólo en condiciones muy especiales, o vemos sus rastros, y a otros no los vemos nunca, quizás porque no estén —a esas horas, o nunca...—, quizás porque no sepamos mirar. De cualquier manera los mamíferos sil-

vestres, si exceptuamos algunas poblaciones de roedores que en ocasiones se reproducen desordenadamente, suelen ser escasos en el olivar, especialmente los grandes herbívoros. ¡Afortunadamente!, pues cuando los ciervos y los gamos entran en los olivares, generalmente al final del verano, cuando no hay comida en el monte, lo hacen en grupos numerosos y se dedican al ramoneo, causando, muchas veces, un perjuicio económico notable al agricultor (las oleáceas, las plantas de la misma familia botánica que el olivo, son la debilidad gastronómica de los ciervos,

**La cubierta herbácea
en el olivar es esencial
para las aves porque les sirve
de alimento y refugio**

que las consumen con avidez allí donde las haya). Pero esto sólo ocurre en olivares que lindan con el monte cerrado. Lo más frecuente y extendido es que esa función tan especial de activar el ciclo de los nutrientes, que decía al principio, se quede sin hacer.

Para activar el ciclo de los nutrientes

Si necesitamos activar ese proceso, básico para el buen funcionamiento del agrosistema, algo habrá que hacer...

El olivar tradicional tenía este problema resuelto, aunque los animales no pisaran el olivar más que para labrarlo un par de veces o tres al año. Al asociar el olivar con los cereales y otros cultivos, era la tierra calma la que sustentaba a los animales –unas veces con cereal (paja y grano, y rastrojeras), otras de barbecho, otras con leguminosas de grano–. Los animales de trabajo (burros, mulos, caballos, bueyes, toros, vacas) y los de renta (ovejas, cabras, vacas). Y el agricultor, con sabiduría, hacía el resto: recogía, amontonaba y, en su momento, distribuía el estiércol sobre las tierras de cultivo, a cada una según sus necesidades. Y esto era lo normal, se hacía en todas partes, sin darle mayor importancia, en realidad dándole tan poca importancia que se dejó de hacer como si no pasara nada, como si fuera lo mismo, incluso como si fuese mejor labrar con tractores y “fertilizar” con abonos químicos.

Pero, había más animales domésticos ligados al olivar. Cuando el cortijo estaba junto a éste, las gallinas, los pavos, lo recorrían picoteando, participando activamente –aunque con el disimulo propio de estas aves– en la cadena trófica del olivar, tomando la energía y los nutrientes de las briznas de hierba, de las larvas de insectos distraídas, y cerrando los ciclos minerales directamente, con naturalidad.

También los cerdos, recicladores domésticos y suministro de proteínas y grasas por excelencia, tenían cierta relación con el olivar, aunque no lo pisaran nunca, o sólo muy ocasionalmente, para aprovechar la aceituna caída. En la Sierra de Segura era frecuente emplear para el engorde de estos animales la “jipia” (orujo de aceituna bastante más seco que el actual, que se obtenía como subproducto en las almazaras tradicionales de prensas hidráulicas), mezclado con “harinillas” o salvado, y preparado con agua.

En el Valle de los Pedroches

En algunas comarcas la implicación de los animales domésticos en el olivar ha sido desde tiempo atrás mucho más directa. Es el caso del Valle de los Pedroches, en el norte de Córdoba, donde tradicionalmente el ganado ovino –de raza merina principalmente– ha pastoreado los olivares. Aprovechan la hierba de las calles en la época de abundancia, de tal manera que se conseguía –y se consigue, porque se sigue haciendo– un triple objetivo: la oveja se alimenta de hierba, que de otra manera se desaprovecharía; se evita la competencia de la hierba con el olivo; y se estercola la tierra; todo ello a muy bajo coste. Claro que hay que disponer del

Un lugar para invernar

Sabemos que los olivares del Sur de la Península reciben en invierno poblaciones de aves procedentes de Centroeuropa. Eligen este destino para invernar. Primitivamente venían al monte mediterráneo que ocupaba estos espacios, pero al ir sustituyéndolo paulatinamente por olivar, han mantenido su costumbre, pues este medio –aunque artificializado– les sigue ofreciendo refugio y un alimento muy rico en energía en pleno invierno: la aceituna. Pero, a pesar de sus hábitos alimenticios y su relativa concentración, no suponen un problema para el olivaretero. La mayoría de estas aves, fringílicos (pajarillos les llamamos coloquialmente), no picotean las aceitunas, se las comen enteras, y sólo les caben en su pequeño pico aquellos frutos sin fecundar, redondos y pequeños (aceitunas pajareras, o azofairones), y las que son capaces de picotearlas suelen hacerlo con las caídas en el suelo.

“Cada mochuelo a su olivo”, se decía para indicar que cada uno debía estar en su sitio. Esta pequeña rapaz nocturna ha utilizado tradicionalmente las ramas de los olivos como apostadero y el olivar como territorio de caza. Donde tiene sobre quién volar (ratoncillos, musarañas, lagartijas o escarabajos) lo sigue haciendo.



Excrementos de un pequeño mamífero sobre el tronco de un olivo

ganado, y éste come todo el año, independientemente de que haya, o no, hierba en los olivares. El olivar no puede ser la única fuente de pasto para el ganado, el agricultor o el

Muda de culebra al pie de un olivo



ganadero –que pueden ser la misma persona, o no– tiene que disponer de otros recursos pastables.

Puede parecer elemental, pero no lo es. Los usos tradicionales suelen ser más complejos de lo que parecen. Para ser beneficiosa para ambas partes, esta asociación debe proporcionar hierba abundante y apetecible a las ovejas en un determinado período, y a la vez las ovejas deben comerse esa hierba, uniformemente –sin muchos rechazos– y con rapidez. Esto exige ajustar la carga ganadera (cuántos animales van a entrar y durante cuánto tiempo), y manejar adecuadamente el rebaño, para que permanezca el tiempo preciso para apurar el pasto, pero no más, porque empezará a dispersarse y pisotearlo todo y a ramonear en las ramas bajas. Por bien que se haga, el pisoteo de este ganado siempre origina compactación del terreno, más si está mojado, y mucho más si, por cualquier razón, se sobrepastorea.

Sobrepastorear es pastar en exceso

Donde comen tres comen cuatro ¡pero no cuarenta! Se sobrepastorea cuando se mete más ganado del que una superficie es capaz de alimentar, o durante más tiempo del adecuado. Se reconoce fácilmente porque se generaliza el ramoneo y empiezan a formarse multitud de senderos. Si no se detiene al primer síntoma las consecuencias son graves: se compacta el suelo, desaparece la cubierta herbácea, disminuye drásticamente la capacidad de infiltración, y se inician los procesos de erosión con las primeras lluvias (regueros y cárcavas).

Si por el contrario la carga es insuficiente no hay estos problemas, pero no se evita la competencia de la hierba con el arbolado por la humedad, con las consecuencias de caída de la producción que esto acarrea, por una parte, además del embastecimiento (pérdida de calidad) del pasto, pues el ganado consume exclusivamente las plantas que más le apetecen y deja las que no le gustan, que pueden reproducirse y extenderse sin competencia. A los pastos les ocurre lo que a la huerta y al molino, que con el uso ganan... (el Arcipreste de Hita, de quien tomo la comparación, la usaba con un tercer elemento diferente).

No hay fórmulas generales para establecer la carga adecuada. Depende de cada finca –de las características propias de la tierra, del manejo que haya recibido– y de cada año, especialmente de las precipitaciones, pero también de las temperaturas. Hay años con mucha hierba y años sin hierba. Si el número de animales es fijo, habrá que jugar con el tiempo: a más hierba más tiempo. Habrá lugares donde la otoñada sea buena y merezca la pena pastar los olivares antes de la recolección; en la mayoría de los olivares de sierra es más recomendable esperar hasta el final del invierno para que entre el ganado al olivar, evitando –si es posible– que paste con la tierra húmeda, para reducir la compactación. Deberá salir cuando agote la hierba, y esto debe ocurrir antes de que la hierba entre en competencia por el agua con los olivos. Entre una fecha y otra, lo normal es contar aproximadamente con ocho o diez semanas.

¿Tiene ventajas la asociación olivar-ovino?

Las ventajas son evidentes: control de la hierba (sin consumir energía fósil, sin quebrarse los riñones con la desbrozadora al costado), sin eliminarla completamente, con lo cual se consigue que siga protegiendo la tierra de la erosión; estercolado directo de toda la superficie pastada; y producción de corderos.

Pero los inconvenientes no son despreciables. Para empezar: se complica la vida, pues los animales exigen atención diaria; hay que aprender a manejarlos (y no abundan las escuelas con este temario); es necesario hacer una inversión para adquirirlos y hay que contar con otros pastos que complementen suficientemente al olivar, y con alimentos concentrados (cereales y leguminosas en grano) que refuercen la dieta de los animales en momentos de especial esfuerzo productivo (gestación y lactación, principalmente). Todo esto puede evitarse si el olivarero, en vez de hacerse también ganadero, consigue la colaboración de alguien que ya lo sea y no le vengán mal pastos para un par de meses. Debería ser una asociación beneficiosa para ambos. Lo que no hay quien evite, sea el ganado ajeno o propio, es que con el pisoteo las ovejas compacten la tierra. Y en determinados tipos de terreno, especialmente los muy arcillosos, este problema puede llegar a ser muy grave, tanto como para anular la bonita colección de ventajas que se acaban de enumerar. ¿Entonces?

Pastoreo de équidos, de caballerías

Hay otros animales domésticos que se adaptan perfectamente a pastar en el olivar, y que presentan muchos menos inconvenientes que las ovejas (las cabras no, que son consumadas ramoneadoras, especialistas en consumir con deleite –al menos esa es la impresión– los brotes más tiernos allí donde estén, pues son buenas escaladoras e incluso aceptables funambulistas). Hablamos de los équidos, las caballerías: caballos, mulas y burros. Herbívoros no rumiantes, cortan la hierba ligeramente por encima del suelo, sin arrancarla. No ramonean, y compactan mucho menos la tierra, pues sus cascos tienen una superficie mucho mayor con respecto a su peso. Así que pueden permanecer en el olivar prácticamente todo el año y todos los años.

Un buen ejemplo tradicional

La solución no es sencilla, pero sabemos quién la tiene y se la podemos copiar –sin miedo, que ni estamos en un examen, ni tiene “copyright” (aunque podría)–. Ya dije antes que en Los Pedroches era tradicional este uso. Y los usos tradicionales, en esto del manejo de los animales y las plantas, suelen estar muy contrastados y tienden a reducir los riesgos al mínimo, aunque sea a

costa de perder alguna ventaja, así que vale la pena fijarse y tomar nota.

El secreto está en aplicar cada año un manejo diferente, siguiendo el compás de la poda. Allí la poda de los olivos se hace cada tres o cuatro años, y con este ritmo se van repitiendo los manejos en cada parcela. La poda se realiza tras la recolección, al final del invierno, y tras ésta entra el ganado a pastar la hierba y a alimentarse del ramón cortado. El ganado permanece en el olivar mientras haya hierba. Al otoño siguiente se siembra en la parcela una leguminosa, como la veza, que se va a desarrollar en la primavera. Para sembrar se labra y se rompe la capa de tierra compactada. El ganado ese año no entra, para evitar, entre otras cosas, que pueda dañar los renuevos –tan apetecibles– que nacen como respuesta a los cortes de poda. La veza se usa como abono verde o, si merece la pena, se siega para su aprovechamiento como forraje. En cualquier caso fija nitrógeno en sus raíces. Al año siguiente, el tercero, la hierba crece reforzada y el ganado vuelve a pastar los olivares, y lo mismo en el cuarto, si éste es el turno, para volver a empezar el ciclo.

No era tan difícil, unos años entra el ganado, y otros no. Se aprovecha para descompactar la tierra y así se tienen las ventajas, pero no los inconvenientes.

Existe una amplia gama de posibilidades (la archinombrada diversidad). Hay quien mantiene el ganado en la parcela de olivar de forma continua, y renuncia a mantener las ramas bajas, y hay quien lo introduce a diario, en las épocas de pasto, durante un tiempo limitado, corto, siempre a la misma hora, y con hambre, de forma que las ovejas consumen la hierba con avidez, sin atender a otros reclamos. Cada olivarero puede encontrar, o ajustar, el manejo que mejor le convenga. ■



Un grupo de ovejas merinas en el olivar